

HUMANISMO CÍVICO

ALEJANDRO LLANO, ARIEL, BARCELONA, 1999

En el mundo de la economía y de los negocios ha irrumpido con una fuerza inusitada la ola de Internet. Las nuevas tecnologías marcan su impronta virtual en una época que se ha dado en llamar la Era Digital. El *e-business* es una realidad que agiganta su importancia con tanta rapidez que los participantes en la vida económica corren el riesgo constante de sentirse fuera de juego; incluso los competidores más grandes y poderosos se ven desbordados por "*start-ups*" que ayer no eran nada. Nunca antes se había cambiado tanto y tan rápido: el año cibernético dura noventa días y los planes de negocio se rehacen radicalmente cada pocos meses; si no, carecerían de valor.

La vida empresarial se incardina en un ámbito de actuación más amplio: la sociedad a la que sirve y de la que se nutre, también económicamente, aunque no sólo. Igno-

rar la retroalimentación empresa-sociedad denotaría falta de visión y talento directivo; además, entrañaría un riesgo elevado de gestión: en definitiva, la sociedad la forman los clientes, los accionistas, los proveedores, los empleados, y, también, los directivos.

Cualquier responsable empresarial necesita orientarse en la maraña de relaciones y datos virtuales, es decir, reales, que configuran su día a día. Esas pistas de sentido no se suelen encontrar en los manuales de dirección y gestión al uso, que están pensados para otro fin. Sin embargo, los ejecutivos hispanohablantes tienen una oportunidad feliz: leer el último libro del filósofo y escritor Alejandro Llano, conocedor de las corrientes de pensamiento que tejen la textura de la sociedad del conocimiento y de la información de nuestros días, a lo que se añade el interés del autor por interpretar el

papel que desempeña la acción directiva en el mundo social.

Las 218 páginas de esta obra se dividen en cuatro capítulos y una conclusión: *¿Qué es el humanismo cívico?*; *La razón pública*; *Democracia y ciudadanía*; *Imagen humanista del hombre y del ciudadano*; y *El valor de la verdad como perfección del hombre*.

“El humanismo cívico no es, ciertamente, una fórmula política... es un nuevo modo de pensar que cuadra con las exigencias de la sociedad del conocimiento y con las percepciones de la sociedad post-moderna mucho mejor que el rancio y agotado esquema del estado nacional. La idea netamente cívica de comunidad política posee la apertura y versatilidad suficientes como para revitalizar las fronteras y universalizar las culturas, sin dejarse fascinar por la brillante vaciedad de un cosmopolitismo que aplanar las diferencias culturales y arrinconar más aún a los ya marginados... El antídoto contra esta paradójica enfermedad que podría llamarse “democracia totalitaria” no viene dado, ciertamente, por un proceso de privatizaciones de empresas y servicios públicos, ni por la

aplicación de esa metáfora cuantitativa que es la “disminución del tamaño del estado”. Como dijo Hannah Arendt, “el aislamiento individualista es pretotalitario” (p. 21).

El inmenso y blando poder tutelar del estado conduce al desánimo del individuo y a la anorexia espiritual y política. Tampoco los simulacros del mercado sacian los anhelos personales: “Nos ha costado sudor y sangre aprender que el yo humano no se puede amueblar como se decora el apartamento de un nuevo rico. Tampoco es muy sabio hacer con él experimentos psicológicos que acaban desembocando -como poco- en la cultura del *prozac*. El yo humano no es un recinto cerrado y agobiante: es un vector de proyección y de entrega. En cierto modo es un vacío que clama por su plenificación” (p. 87).

Un hilo del que tirar para desenredar la madeja que constriñe a la persona en su desarrollo ciudadano es el que enlaza, más que separa, la vida pública y la vida privada; si es que tiene algún sentido esta dicotomía. Al fin, la vida sólo es susceptible cabalmente de ser vivida; cualquier fragmen-

tación es artificial. "Desde un punto de vista antropológico, la presunta separación entre lo público y lo privado difícilmente se sostiene. Porque a la propia condición de la persona humana le corresponde la vocación ciudadana, y el ciudadano, a su vez, sigue en todo momento siendo una persona privada, dotada de derechos individuales y cívicos igualmente inalienables"(p. 94). Cabe preguntarse si la complejidad y globalización de la sociedad del conocimiento admiten vicios privados frente a las virtudes públicas.

Llano también ofrece al lector unas páginas muy suculentas acerca del sentido del trabajo, toda vez que en la sociedad digital no importa tanto el "*hombre del trabajo*", cuanto el "*trabajo del hombre*". "La superación del economicismo se halla en la línea de la interpretación antropológica del trabajo. El *valor añadido* de cualquier labor es, ante todo, la ganancia en perfección humana que en ella se obtiene, más allá de su posible -y conveniente no pocas veces- determinación económica... El valor fundamental del trabajo es el perfeccionamiento antropológico, el incremento inte-

lectual y ético que en él se gana y con él se expande. Porque la esencia del trabajo consiste en la realización de una aportación personal.

Si este aspecto subjetivo del trabajo se margina sistemáticamente, se produce una ausencia de tensión teórica, de entusiasmo ético, de coraje cívico y de afán de emprender. Disminuye la creatividad y aumenta el conformismo: todo tiende entonces a *pararse*. Acontece una suerte de equilibrio inercial entre nuestras crecientes apetencias de bienestar y nuestra estancada productividad cualitativa. Tal es hoy la patología más notoria en las sociedades de consumo" (pp. 138-139).

Humanismo cívico ofrece una síntesis certera y fecunda de aquello que nutre una ciudadanía con vocación de libertad y aversión a entregar a los "tecnosistemas" politizados y economicistas lo que pertenece al núcleo más específico de la persona. Un libro actual que invita al lector a plantearse un modo renovado de pensar la sociedad y, por consiguiente, a reflexionar sobre sí mismo.

Guido Stein

